

ACTAS DEL SÉPTIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIÓN EN PSICOLOGÍA
ISBN 978-950-34-1863-5 | LA PLATA, DICIEMBRE DE 2019

MUTACIONES SUBJETIVAS Y NARCOTIZACIÓN DIGITAL

SUBJECTIVE MUTATIONS AND DIGITAL NARCOTIZATION

Pablo Barrenengoa

pablobarrenengoa@hotmail.com

Facultad de Psicología

Universidad Nacional de La Plata

Introducción

Este trabajo toma como antecedente una línea de investigación, cuyo objetivo general procuró indagar subjetividades y trayectorias de jóvenes que desarrollan consumos problemáticos de sustancias. A partir de una perspectiva que descentró el interés otorgado a las sustancias psicoactivas y privilegió la pluralidad de sentidos, relaciones y funciones que desempeñan en la sociedad occidental, el eje central de análisis se circunscribió a los procesos de producción de subjetividad que acompañan los consumos problemáticos (Barrenengoa, 2019). Entre los hallazgos más relevantes, se destacó que lo problemático del consumo residía, no solo en la toxicidad de lo consumido, sino –fundamentalmente– en el abandono de la capacidad de entusiasmo y en la carencia de redes sociales capaces de poder



recuperarla de otro modo. En los casos analizados, lo opuesto a la adicción, entonces, no era la sobriedad, sino más bien la presencia de vínculos. En consecuencia, se indagaron un conjunto de operaciones subjetivas que los jóvenes empleaban en momentos histórico-biográficos específicos en los que el pasaje del uso hacia la dependencia de sustancias, se daba acompañado por otro pasaje: de una lógica del compartir a una lógica del aislamiento. En este contexto, las instancias de consumo inicial adquirían el estatuto de un ritual de iniciación, pero que –al funcionar exclusivamente en el marco de relaciones lábiles y precarias entre el grupo de pares- carecían de eficacia simbólica para establecer marcas estructurantes. Por otra parte, los jóvenes daban cuenta de modalidades de subjetivación que nos aproximaba a comprender los consumos problemáticos a partir de una alteración en la experiencia de sí, base de la subjetivación, cuestión que implica una transformación de los espacios y temporalidades en la estructuración subjetiva. Los consumos adquirían el estatuto de un arreglo particular, en el que los fenómenos de “urgencia por la satisfacción” (Fernandez, 2013) dispusieron nuestra mirada sobre su carácter vertiginoso, simultáneo, instantáneo y fugaz. Así, la alteración compulsiva y deliberada de mecanismos cognitivos y emotivos a través del uso de sustancias -en algunos casos para exaltarlos, en otros para cambiarlos y en otros para anestesiar un dolor que resulta insoportable- constituía una situación en la que se anulaba el despliegue de recursos subjetivos en el atravesamiento y composición de las experiencias. En este sentido, el consumo de sustancias psicoactivas, aporta una arquitectura protésica para desatender las señales del campo emocional y da lugar a una “emocionalidad producida” (Miguez, 2010) en la que el uso “remedial” o “automedicación del espíritu” se constituye como alternativa para el arreglo cosmético del estado de ánimo, la percepción o el comportamiento. Se trata de un modo –tóxico- de barrer con la emocionalidad espontánea que devendría en experiencia de sí. Miguez (2010) ha llamado a este mecanismo “subjetividad-para-el-consumo”, refiriéndose a un modo de neutralizar temporalmente la tensión personal producida por los miedos actuales a la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección, haciendo que la búsqueda de

la felicidad se reorienta hacia la búsqueda de una alegría descontextualizada y hacia el logro de la emoción primaria fugaz, elusiva y fácilmente alcanzable” (Miguez, 2010, p.13).

En función de estos hallazgos, antecedentes y considerando el énfasis puesto en los procesos de subjetivación del uso de sustancias—es decir, una mirada no reducida ni exclusiva sobre las sustancias- se consideró el consumo problemático como un elemento interviniente en modalidades de subjetivación de mayor alcance. Fernandez (2013) ha denominado “lógicas del instante” a esos procedimientos que establecen ciertas configuraciones subjetivas y modalidades de lazo social en las que se clausuran, obturan o arrasan las condiciones de posibilidad de una “lógica de anticipación”. Frente a la necesidad de dar respuesta a la urgencia de satisfacción, se disuelve la espera y se configura un territorio subjetivo que se repliega sobre sí mismo, a condición de reducir los intersticios por los que los otros significativos puedan aproximarse.

En las últimas décadas, instituciones educativas, sanitarias y consultorías psicológicas que han estado atravesadas por la problemática del consumo de sustancias psicoactivas, se han hecho eco de un nuevo fenómeno: el notable incremento detectado entre la población más joven en el uso y abuso de tecnologías de la información y la comunicación (TIC), que se vienen a sumar a las adicciones a sustancias. En países latinoamericanos, como la Argentina, la disponibilidad y atracción hacia las TIC es tangible, siendo los adolescentes quienes hegemonizan — aunque, desde luego, no de forma exclusiva- una nueva “generación interactiva”. Las TIC son entendidas, como artefactos culturales (Hine, 2004) que condensan una multiplicidad de valores y códigos desde su mismo diseño pero que, simultáneamente, posibilitan un rango —amplio aunque no infinito— de interpretación por parte de los usuarios (Benítez Larghi, 2018).

Introducido por Goldberg (1995) y popularizado luego por Young (1998), el uso problemático de TIC ha sufrido una serie de modificaciones según el enfoque

recibido (Douglas, 2008). Prueba de ello son los criterios diagnósticos de Young (1998); los criterios modificados por Shapira (2003); los intentos de correlación con conceptos como autoestima, timidez y depresión efectuados por Caplan (2002); los aportes de Davis y su modelo cognitivo conductual, aplicado sobre todo para evaluar a personas aptas para trabajos de alta exposición (2002); Charlton y la distinción del “High engagement” (alto involucramiento) antes que la adicción (2002, 2007); las experiencias cualitativas recogidas por Douglas y col. (2008) y su modelo teórico del fenómeno; y finalmente los modelos experimentales provenientes de Asia (Japon, Korea, Taiwan) entre los cuales resaltamos los aportes (en especial lo referido a los criterios diagnósticos) de Ko y col. (2005). A pesar de los diferentes enfoques, existe en la actualidad consenso en definir la “adicción a las TIC”, como un uso excesivo y patológico, que genera aislamiento social e interfiere en la vida diaria (Whang y Ching, 2003; Carbonell, Fúster, Chamarro, & Oberst, 2012). Junto a estas caracterizaciones, se han enumerado diferentes efectos nocivos de su uso problemático, tales como problemas físicos, trastornos de sueño, obesidad, diabetes, problemas cervicales, visuales o auditivos; y psicosociales, como aislamiento, mal humor, aumento de la violencia y fracaso escolar (Ko y col, 2005). Se trata de acciones compulsivas que comparten con las adicciones el fenómeno de tolerancia –necesidad de estar conectado cada vez más tiempo para obtener la gratificación necesaria–, incapacidad de controlar el uso y sentimiento de placer intenso al utilizarlas. Al ser un fenómeno reciente, no comparten el estigma social de la adicción a drogas legales e ilegales y aún existe cierta polémica en torno a la validación y dispersión de sus instrumentos diagnósticos (Carbonell et. al, 2012).

Más allá de los aspectos nominales, descriptivos y criterios nosográficos, es preciso dilucidar qué tipo de relación mantienen estos fenómenos con procesos de control biopolíticos y psicopolíticos. En el último tiempo, los estudios de mayor relevancia a nivel internacional, se han mostrado crecientemente interesados por innovaciones tecnológicas en la realidad virtual e interfaces de realidad mixta (MRITF) como Hololens. Esto ha atraído la atención de usuarios e investigadores, lo que sugiere

que puede ser el siguiente trampolín en innovación tecnológica en su aplicación a tratamientos en salud, estrategias educativas y el uso recreativo, entre otros (Mauri, Cipresso, Balgera, Villamira y Riva, 2011; Riva, 2016; Cipreso, et al, 2018). Ahora bien, toda tecnología se implanta ante una humanidad específica, socio-historicamente situada, a la que contribuye, a su vez, a modificar de manera dialéctica. En consecuencia, estos avances que algunos años atrás hubiesen formado parte de la ciencia ficción, ameritan ser acompañados de rigurosas reflexiones respecto a su impacto en la producción de subjetividad y las profundas mutaciones antropológicas que promueven en los planos cognitivo, atencional, relacional y emotivo.

Psicopolítica y nuevas lógicas de subjetivación

Desde la perspectiva aquí adoptada, analizar los usos problemáticos de TIC, nos permite observar procesos más generales de nuestra trama social, crecientemente mediada por las mismas herramientas digitales. A pesar de los indiscutibles impactos positivos que posee la automatización digital de procesos sumamente trabajosos antaño, no deja de ser relevante la consideración crítica respecto a sus operaciones de apropiación, los efectos no deseados, los desacoples que habitar un mundo maquínico produce en las subjetividades, en los modos de ser, pensar y sentir. Byung-Chul Han (2014) ha tematizado el análisis del mundo digital en el marco de las nuevas técnicas del capitalismo neoliberal. En este contexto, se generan las condiciones para el pasaje de un régimen biopolítico a uno psicopolítico. De tal modo, la sociedad de la transparencia y del control digital opera al modo de un panóptico digital. Los sujetos formalmente libres se explotan a sí mismos, ya no por la coacción “externa” propia de las sociedades disciplinares, sino por formas más eficientes de subjetivación y sometimiento, que inauguran nuevas coerciones “internas” en el marco de imperativos de optimización y rendimiento. Esta arquitectura es indisociable de la extensión de sensores en todas las superficies de

lo real: mientras caminamos, en la cama, en una balanza o en un baño. Esto genera un conocimiento que va más allá de la navegación en Internet y que es conocimiento de la vida. Se trata de un estado del liberalismo llamado tecnoliberalismo, que interviene y monetiza todos los ámbitos de la vida cotidiana para su provecho. Pero no se trata solo de una cuestión de mercantilización, sino de la organización automatizada de la existencia. En tal sentido, las tecnologías digitales se han transformado en la textura de la vida cotidiana (Silverstone, 2004).

Si la subjetividad posee dimensiones polifónicas y maquinicas, se trata de aproximar nuestra comprensión a nuevas cartografías subjetivas, que capten estas mutaciones existenciales, afectivas y psíquicas en torno a estos nuevos procesos maquinicos de desmaterialización de la comunicación, el uso de internet y las nuevas tecnologías digitales. Si los procesos de subjetivación conllevan desplazamientos, movimientos y operaciones nómades (Deleuze y Guattari, 1995) a partir de las cuales se deviene sujeto, nos preguntamos aquí sobre el rol que el uso de TIC ocupa en nuevas dinámicas de modelización subjetiva.

Según Franco Berardi (2017) nos encontramos en una fase de transición en la que los procesos de sujeción que determinan nuestros modos de vida están mutando. Oponemos, en forma analítica, dos tipos ideales: la conjunción empática y la conexión sintáctica. La conjunción empática implica la interpretación de los signos que provienen del otro (sentimientos, emociones, deseos) y la habilidad para responder en consecuencia. Por el contrario, la conexión sintáctica es un tipo de entendimiento que no está basado en una comprensión empática de los signos e intenciones que vienen del otro, sino, más bien, en la conformidad y adaptación a una estructura sintáctica. La conjunción, desde el pensamiento de Berardi, es también la concatenación de cuerpos y máquinas que pueden generar significado sin seguir un diseño preestablecido. La conjunción es singular, vibracional e intencional. En cambio, la conexión, por su lado, obedece un diseño intrínseco generado por el hombre. Es una “concatenación operativa entre agentes de

significado previamente formateados de acuerdo con un código” (Berardi, 2017, p. 28). En otros términos, en la relación conjuntiva, estamos creando el significado de lo que intercambiamos. Si se dice “me gustas” o “no me gustas” en una situación que está físicamente encarnada, se crea, a un nivel de proximidad del cuerpo físico, las condiciones contextuales para la comprensión e intercambio. En este intercambio existen múltiples efectos de ambigüedad en el lenguaje que producen significados. En la relación conectiva, por otro lado, se trata de una relación puramente sintáctica. Si ponemos a una máquina en contacto con otra máquina, necesitamos un formato común. Una sintaxis común. Lo que intercambian, el significado que intercambian esas dos máquinas es independiente del contexto. Es puramente sintáctico. En cierto sentido, el significado ya está contenido en la propia sintaxis. Este tipo de relación mecánica se está expandiendo cada vez más a los seres humanos, porque nos relacionamos cada vez más con máquinas que exigen un formato, un formato sintáctico. Necesitamos hablar el idioma de la máquina, de lo contrario nunca seremos comprendidos. Desde luego, ambas lógicas descriptas conviven, su combinación resulta eminentemente singular, la correlación de fuerzas bio y psicopolíticas se hallan en movimiento y sus gradientes dependen, siempre, de los clivajes étnicos, de género, clase social y etarios.

Uno de los efectos de la hegemonía conectiva por sobre la concatenación conjuntiva es, resumidamente, la lesión de los aspectos no lingüísticos de la comunicación. Así, la predominancia del intercambio lingüístico en términos de compatibilización produce una reducción de los efectos de ambigüedad del lenguaje. La revolución digital trastorna el modo en que se vincula el cuerpo con los signos. La lógica conjuntiva era capaz de captar signos no verbales y asociarlos según dinámicas de creación sensible de la experiencia. La conectiva, en cambio, se caracteriza por un aumento sin precedentes de la capacidad de manipular signos a gran velocidad, siempre que esos códigos sean previamente compatibilizados y esté disponible uno de ellos para vincularlos.

Berardi (2014) señala que uno de los efectos de esta mutación es la pérdida de sensibilidad, sensibilidad (táctil) y sensualidad (placer-dolor). Acontece un nuevo régimen de reducción de lo sensitivo, lo sensual y lo erótico en la medida en que devenimos cada vez más incapaces de decodificar lo no dicho, de inventar relaciones para signos sin previa compatibilización. Se trata de la alteración de los componentes productores de empatía, de modo tal que se dinamita la capacidad de crítica (aceleración de la información vs capacidad de síntesis), se des-erotizan los vínculos (sujetados al intercambio conectivo), se los somete a temporalidades y espacios guionizados por aplicaciones (ofrecidas como una prótesis del funcionamiento mental) produciendo automatismos psicológicos que reducen / anulan la experiencia, anulando lo que Han (2012) denomina como su negatividad. De tal modo, sometida al imperativo de la transparencia, la sociedad se positiviza, se sobreexpone degradando la verdad a la evidencia, la sexualidad al porno, la comunicación a la información (Han, 2017). La atrofia de la sensibilidad implica una atrofia de la empatía, que es la capacidad de sentir-con, de sentir al otro como prolongación de la existencia y cuerpos propios. Es decir, se afecta la base sensible de la solidaridad.

Si la sensibilidad es la capacidad de interpretar señales no discursivas, no-codificadas, entonces, la binarización de la comunicación –a partir de nuestra exposición a las tecnologías digitales – produce una epidemia de descortesía, es decir, la incapacidad de decifrar los signos según el deseo (Fernandez Savater, 2018). Desde luego, no se trata de la desaparición de la sensibilidad como matriz y medio de contacto humano, sino de su modulación productivista, prefigurada, codificada por algoritmos. (Stulwark, 2017).

Narcotización digital



Según el recorrido establecido hasta el momento, la aceleración del tiempo, la multiplicación de espacios en el cibertiempos y en el ciberespacio propician la proliferación de situaciones de desacople entre demanda y capacidad de respuesta. Por ejemplo, desde el punto de vista de la atención y su impacto en la cognición, observamos algunos rasgos de esta mutación. Los dispositivos digitales nos permiten optimizar nuestro tiempo de modo que podemos acceder a información rápidamente y conectarnos con muchas personas en simultáneo. Esta cualidad habilita procesos de aceleración y productividad. Ahora bien, un ambiente continuamente interconectado, propio de algunos modos que asumen los procesos de subjetivación digital, evidencian muchas veces cierto desacople entre la demanda de estimulación y la capacidad de dar respuesta a ello. En este sentido, algunos procesos psicológicos atencionales digitales hiperestimulan y movilizan la atención de tal modo que debilitan la capacidad de concentración en un único estímulo o proyecto. Por tanto, mientras se gana en amplitud y cantidad, se pierde la capacidad de profundidad, algo que observamos también en la dificultad de desarrollo de la crítica ante la imposibilidad de asimilar caudales de flujos de información en diversos medios digitales. Los llamados “trastornos por déficit de atención”, aun siendo una categoría descriptiva y sindrómica, tal vez estén asociados a este tipo de requerimiento atencional en los procesos psicológicos. En otro orden de ideas, ha sido demostrado, también, el modo en que los gigantes del Big Data buscan acaparar la atención en sus poblaciones – objetivo, interceptando (¿volviendo menos eficiente?) cualquier actividad que esté realizando el sujeto, con notificaciones del más diverso tipo. Tal vez acontezca aquí un cambio biopolítico y psicopolítico (Han, 2014) en la conformación de los procesos psicológicos que permiten conocer e interpretar la realidad.

También pueden establecerse algunas apreciaciones en torno al lenguaje. Existe la posibilidad casi automática de traducir cualquier idioma a través del google traductor. Si se lo desea, es posible prescindir de un maestro de música, de idiomas o de ejercicio. También los procesadores de texto corrigen la ortografía, se anticipan a lo

que queremos escribir o nos proponen graciosos stickers para comunicarnos. De tal modo, el lenguaje se desmaterializa y opera como algoritmo predictivo. Sin lugar a dudas esto está transformando el modo y los recursos con los que organizamos y expresamos el pensamiento. También observamos una creciente cantidad de niños y niñas que hablan en “neutro”. En períodos constitutivos, el aprendizaje del lenguaje a través de una máquina, en lugar de la acústica musical del lenguaje ha modificado el escenario de la niñez. Niños que hablan en “neutro”, con dificultades en la empatía y sociabilidad con semejantes, crecientes dificultades para dominar la frustración (que implica una particular re-composición del tiempo, del yo y de los otros). La sobre-exposición a las mediaciones tecnológicas corre del centro a la dialéctica de lo humano y vacía las palabras de su musicalidad cultural. En razón del entretenimiento digital, su voz, gestos y juegos abandonan la singularidad de las palabras de figuras humanas cercanas y adoptan una musicalidad convencional, conforme a un formato establecido por los dispositivos. Según esta diferencia, la inscripción psíquica del lenguaje entraña una mutación. Los procesos de adquisición, desarrollo y uso del lenguaje a través de la imitación empática y erótica mediada por las figuras que brindan cuidados es cualitativamente distinta a la incorporación y uso de lenguajes codificados por mecanismos automáticos de expresión semántica y sintáctica. Según esta hipótesis, la subjetivación digital activa nuevos procesos psicológicos de desarrollo, abriendo un fecundo campo de problemas en las diferentes generaciones digitales.

Sin ánimos de ser exhaustivos –algo que amerita estudios específicos- el crecimiento exponencial de la velocidad de circulación de flujos de información ha modificado, tal vez de forma irreversible, la disposición cerebral y cognitiva, cuyos signos más evidentes desbordan las clasificaciones psiquiátricas. La vertiginosidad de estos cambios ha generado una brecha entre lo asimilable de esa sobre-estimulación (que puede devenir en experiencia) y aquello que queda por fuera de la capacidad de metabolización / recepción / procesamiento. Los desacoples de esta mutación sensible y cognitiva son el caldo de cultivo fértil para un conjunto de

nuevos padecimientos subjetivos: ansiedad, depresión, estrés, aislamiento digital. Sujeta a la aceleración infinita de los info-estímulos, la mente –condicionada por su tiempo de procesamiento- reacciona con pánico o con des-sensibilización. Según esta caracterización, estos cambios podrían estar en la base del crecimiento epidémico de los llamados ataques de pánico y distintos cuadros vinculados a la ansiedad. En consonancia con ello, el pasaje de lo conjuntivo a lo conectivo se acompaña de una modificación de las condiciones de producción, metabolización y manifestación del malestar.

Sintetizando, esto es, en efecto, una nueva forma de subjetivación, pero también de locura contemporánea inducida a través de ella. Denomino esto como narcotización digital. Entiendo por ello al proceso bio-psicopolítico según el cual los sujetos se sumergen en flujos de tiempo disociados y vertiginosos. El desacople entre la demanda de estimulación del cibertiempos y el ciberespacio y la posibilidad de respuesta subjetiva propicia la producción de mecanismos ansiógenos mentales - cerebrales, que reaccionan con pánico y fragilización frente al imperativo de renovar recompensas en el sistema dopaminérgico. Desde esta perspectiva, podemos conjeturar que una gama de “trastornos de conducta” en la infancia hasta modos indeterminados de sufrimiento contemporáneo tienen una matriz narcótica que emerge como síntoma de la dislocación entre aceleración y modo de vida. El aparente desvanecimiento del síntoma como pregunta, parece ser sustituido por el “trastorno de conducta”, el “ataque de pánico”, la “depresión”. El síntoma, así, subordina el sentido a la sintaxis del trastorno. Un malestar difícil de nominar, pero que aturde al sujeto. El síntoma como aquello que no cuaja y hace pregunta se degrada a ciento cuarenta caracteres, o se transforma en una formación muda, que denuncia el desacople entre aceleración y procesamiento, entre espacio y tiempo. Los síntomas dejan de comportarse como una formación del inconsciente tal como lo concibió el psicoanálisis, para transformarse en trastornos de flujos de tiempo acelerados y juegos algorítmicos que interceptan y apoderan de la atención-deseo. Desde esta conjetura, postulo que no se trata de una entidad patológica, sino de un

modo de producción subjetiva que se implanta en forma silenciosa a partir de las construcciones positivas como el trabajo, la comunicación social y el entretenimiento digital. Su efecto narcótico reside en la potencialidad para generar un matiz de adormecimiento, desensibilización, modificaciones artificiales de la emotividad, alteraciones en la cognición y en los modos de sentir y estar. Si bien la narcotización digital no atraviesa procesos de estigmatización ni criminalización social como otro tipo de uso de narcóticos, se inicia mediando las relaciones sociales bajo la lógica del compartir. Posteriormente se instala en forma insidiosa una lógica de aislamiento abúlica y ansiógena; monta mecanismos de placer dosificado y circunscribe los intereses de la persona produciendo mecanismos similares a los fenómenos de dependencia a narcóticos con abstinencia y tolerancia. La narcotización digital configura flujos moleculares provisorios, que organizan nuestra cognición, nuestra afectividad, nuestra sensibilidad. De tal modo, estos procesos maquínicos, de origen excéntrico, cambian el marco en el que se localiza el sujeto, de manera que este cambia de forma. La narcotización digital, en tanto evento, modifica, altera, transforma las estructuras cognitivas, afectivas y sensibles del sujeto. Según nuestra hipótesis, entonces, allí radica el germen morfogenético de nuevos procesos de producción y metabolización del malestar en el marco de la nueva subjetivación digital.

Referencias

Barrenengoa, P. (2019). Consumos problemáticos juveniles, trayectorias y subjetividades (Tesis de doctorado). Recuperado de:

<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/73789>

Berardi, F. (2014). La sublevación. Buenos Aires, Hekht Libros.



Berardi, F. (2017). Fenomenología del fin: sensibilidad y mutación conectiva. Buenos Aires: Caja negra.

Benítez Larghi, Sebastián (2018) La experiencia juvenil del tiempo y el espacio a partir de la apropiación de las Tecnologías de Información y Comunicación en La Plata, Argentina (En línea). Andamios, 15(36): 343-368.

Caplan S (2002) Problematic Internet use and psychological well-being: development of a theory based cognitivebehavioral measurement instrument. Computers in Human Behavior 18(5):553-575.

Carbonell, X., Fúster, H., Chamarro, A., & Oberst, U. (2012). Adicción a internet y móvil: una revisión de estudios empíricos españoles. Papeles del psicólogo, 33(2).

Charlton, J. P. (2002). A factor-analytic investigation of computer 'addiction' and engagement. British journal of psychology, 93(3), 329-344.

Cipresso P, Giglioli IAC, Raya MA and Riva G (2018) The Past, Present, and Future of Virtual and Augmented Reality Research: A Network and Cluster Analysis of the Literature. Front. Psychol. 9:2086. doi: [10.3389/fpsyg.2018.02086](https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.02086)

Davis, R. A., Flett, G. L., & Besser, A. (2002). Validation of a new scale for measuring problematic Internet use: Implications for pre-employment screening. Cyberpsychology & behavior, 5(4), 331-345.

Deleuze, G. & Guattari, F. (1995). Conversaciones 1972-1990. Pre Textos, Valencia.

Douglas, A. C., Mills, J. E., Niang, M., Stepchenkova, S., Byun, S., Ruffini, C. y Blanton, M. (2008). Internet addiction: Meta-synthesis of qualitative research for the decade 1996–2006. Computers in human behavior, 24(6), 3027-3044.

<https://doi.org/10.1016/j.chb.2008.05.009>

Fernandez, A. M. (2013) Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolíticas. Buenos Aires: Nueva Visión.

Fernández Savater, A. (2018) Esperando a Bifo: “Volver a aburrirnos es la última aventura posible” // Entrevista con Franco “Bifo” Berardi. [Entrada en un blog] Recuperado de: http://lobosuelto.com/esperando-a-bifo-volver-a-aburrirnos-es-la-ultima-aventura-posible-entrevista-con-franco-bifo-berardi/?fbclid=IwAR38ez9LjV7fadM_uVzuAVsrbIIAT0wN2His2uYIt1ub0PjKuvdVJN-5Ow

Goldberg, I. (1996). Desorden de adicción al internet.

Han, B. C. (2014). Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder. (Trad. Alfredo Bergés). Buenos Aires: Herder.

Han, B. C. (2017). La expulsión de lo distinto. (Trad. Alfredo Bergés). Buenos Aires: Herder.

Hine, C. (2004). Etnografía Virtual. Barcelona: UOC

Ko, C. H., Yen, J. Y., Chen, C. C., Chen, S. H., & Yen, C. F. (2005). Proposed diagnostic criteria of Internet addiction for adolescents. The Journal of nervous and mental disease, 193(11), 728-733

Mauri, M., Cipresso, P., Balgera, A., Villamira, M. y Riva, G. (2011). ¿Por qué es tan exitoso Facebook? Las medidas psicofisiológicas describen un estado de flujo central mientras se usa Facebook. Ciberpsicología, comportamiento y redes sociales 14 (12), 723-731

DOI: 10.1089/cyber.2010.0377

Míguez, Hugo (2010). Sobre la subjetividad para el consumo de sustancias psicoactivas. Revista de Salud Pública, 14(2), 6-14.

Riva, G. (2016), I social network, II Mulino, Bologna. Recuperado de
<http://hdl.handle.net/10807/74720>

Silverstone, R. (2004). ¿Por qué estudiar los medios? Buenos Aires: Amorrortu

Stulwark, D. (2017) Preguntas a Franco “Bifo” Berardi. [Entrada en un blog]
Recuperado de: <http://lobosuelto.com/preguntas-a-franco-bifo-berardi-diego-sztulwark/>

Whang, LSM, Lee, S. y Chang, G. (2003). Perfiles psicológicos de los usuarios en exceso de Internet: un análisis de muestreo de comportamiento sobre la adicción a Internet. *Ciberpsicología y comportamiento*, 6 (2), 143-150

Young, K. S. (1998). Internet addiction: The emergence of a new clinical disorder. *Cyberpsychology & behavior*, 1(3), 237-244.